

de provincia, conquistaron palmo á palmo el suelo de Francia. Tenia el aire indiferente del salvaje; su mirada era sombría é inflexible como una vara de hierro; sus labios inferior temblaba sobre sus cerrados dientes; sus cabellos bajaban de su cabeza como serpientes enroscadas; sus brazos, caídos, daban un sacudimiento nervioso á los enormes puños, acribillados de sablazos: se le hubiera creído un gran serrador; su fisonomía expresaba una naturaleza popular rústica, puesta, por el poder de las costumbres, al servicio de intereses y de ideas contrarias á esta naturaleza; la fidelidad nativa del vasallo, la simple fe del cristiano, se mezclaban á la ruda independencia plebeya acostumbrada á estimarse y hacerse justicia. Parecía no ser en él el sentimiento de su libertad, mas que la conciencia de la fuerza de su mano y la intrepidez de su corazon. No hablaba mas que un leon; se rascaba como un leon; bostezaba como un leon, se apoyaba sobre un costado como un leon cansado, y soñaba, al parecer, con la sangre y los bosques. ¡Qué hombres en todos los partidos de entonces, y qué raza la de hoy! Pero los republicanos tenian su principio en sí, en medio de ellos, y los realistas tenian el suyo fuera de Francia. Los vandeanos enviaban diputaciones á la emigracion; los gigantes pedian gefes á los pigmeos. El agreste mensajero que yo contemplaba habia cogido la revolucion por la garganta, y habia gritado: —«Entrad; pasad detrás de mí; no os hará daño; no se meneará; yo la sujeto.» Nadie quiso pasar; entonces Jacques Bonhomme soltó á la revolucion, y Charrette rompió su espada.

## PASEOS CON FONTANES.

Mientras yo hacia estas reflexiones á propósito de este campesino, como las habia hecho de otra especie cuando vi á Mirabeau y á Danton, Fontanes obtenia una audiencia particular de aquel á quien él llamaba burlescamente *interventor general de hacienda*: salió muy satisfecho, porque Mr. Theil habia prometido proteger la publicacion de mis obras, y Fontanes no pensaba mas que en mí. No podia ser mejor hombre; tímido en lo que á él respectaba, era todo valor cuando se trataba de los amigos, y me lo probó bien cuando hice dimision con motivo de la muerte del duque de Enghien. En la conversacion tenia cóleras literarias risibles. En política desvariaba; los crímenes convencionales le habian hecho mirar con horror hasta la libertad. Detestaba los diarios, la filosofalla, la ideología, y comunicó este odio á Bonaparte cuando se acercó al señor de Europa.

Ibamos á pasear al campo; nos parábamos bajo algunos de esos elevados olmos que se ven diseminados por las praderas. Apoyado contra su tronco, me contaba mi amigo su antiguo viaje á Inglaterra antes de la revolucion, y los versos que dedicaba entonces á dos jóvenes *lady's*, envejecidas á la sombra de las torres de Westminster; torres que hallaba en pie, como las habia dejado, mientras que junto á ellas se habian sepultado las ilusiones y las horas de su juventud.

Comiamos continuamente en alguna fonda solitaria de Chelsea, hablando de Milton y de Shakspeare: ellos habian visto lo que nosotros veíamos; ellos se habian sentado, como nosotros, á la orilla de este rio, para nosotros rio extranjero, para ellos rio de la patria. Volviamos de noche á Londres, con los rayos pálidos de las estrellas, sumergidas una tras de la otra en la niebla de la ciudad. Entrábamos en nuestra casa, guiados por inciertas luces que nos trazaban apenas el camino al través del humo de carbon que brillaba alrededor de cada reverbero: así pasa la vida del poeta.

Nosotros vimos á Londres en detalle, antiguo desterrado servia de cicerone á los nuevos, jóvenes ó

viejos: no hay edad legal para la desgracia. En medio de una de estas excursiones fuimos sorprendidos por una lluvia mezclada de truenos, y obligados á refugiarnos en el zaguan de una casucha cuya puerta se hallaba entreabierta casualmente. Allí encontramos al duque de Borbon: yo ví por la primera vez en este Chantilly un príncipe que no era aun el último de los Condé.

El duque de Borbon, Fontanes y yo, igualmente proscritos, buscando en tierra extraña, bajo el techo del pobre, un abrigo contra la misma tempestad: *Fata invenient viam*.

Fontanes fue llamado á Francia. Se despidió haciendo votos por nuestra próxima reunion. Cuando llegó á Alemania, me escribió la carta siguiente:

28 de julio de 1798.

«Si habeis tenido algun pesar á mi partida de Londres, os juro que los míos no han sido menos reales. Sois la segunda persona á quien he hallado en el curso de mi vida de una imaginacion y un corazon como el mio. Jamás olvidaré los consuelos que me habeis hecho hallar en el destierro y país extranjero. Mi pensamiento mas querido y mas constante, despues que os he dejado, se vuelve á los *Natches*. Lo que me habeis leído de ellos y muy particularmente en los últimos dias, es admirable, y no se borrará jamás de mi memoria. Pero el encanto de las ideas poéticas que me habeis inspirado ha desaparecido un momento á mi llegada á Alemania. Las mas horrorosas noticias se han sucedido á las que os dí al separarme de vos. He estado cinco ó seis dias en la mas cruel perplejidad. Hasta tenia persecuciones en mi familia. Mis temores se han disminuido hoy mucho. El mal mismo ha sido muy ligero: se amenaza mas que se pega, y los exterminadores no se dirigen contra los de mi época. El último correo me ha traído seguridades de paz y de buena voluntad. Puedo continuar mi viaje, y voy á ponerme en camino en los primeros dias del mes próximo. Mi morada se fijará cerca del bosque de San German, entre mi familia, la Grecia y mis libros: ¡que no pueda decir tambien los *Natches*! La revuelta inesperada ocurrida en Paris es causa, estoy seguro, del aturdimiento de los agentes y gefes que conocéis. En las manos tengo la prueba evidente. Por esta certeza escribo á Mr. Theil con toda la finura posible, y con la contemplacion que exige la prudencia. Quiero evitar toda correspondencia, al menos próxima, y pongo en duda el partido que quiero tomar y la residencia que pienso elegir. Por lo demás, hablo con vos con el acento de la amistad, y deseo cordialmente que las esperanzas de utilidad que yo ofrezca aumenten la buena disposicion que se me ha manifestado, y que se debe tambien á vos y á vuestros talentos.

«Trabajad, trabajad, mi querido amigo; haceos ilustre. Podeis hacerlo: el porvenir es vuestro. Espero que la palabra dada continuamente por el *interventor general de hacienda*, se cumpla al menos en parte. Esto me consuela, porque no puedo sufrir la idea de que una hermosa obra se retrase por falta de algunos socorros. Escribidme; que nuestros corazones se comuniquen; que nuestras musas sean siempre amigas. No dudeis que, cuando pueda pasearme libremente por mi patria, os prepararé una colmena y flores al lado de las mias. Mi afecto es inalterable: yo estaré solo mientras no esté á vuestro lado. Habladme de vuestros trabajos. Quiero alegraros al concluir; he hecho la mitad de un nuevo canto á la orilla del Elba, y estoy mas contento de él que de lo demás.

«Adios: os abrazo tiernamente, y soy vuestro amigo.

»FONTANES.»

Fontanes me dice que hacia versos cambiando de destierro. No se puede robar todo al poeta; lleva consigo su lira. Dejad al cisne sus alas; cada tarde repetirán rios desconocidos las quejas melodiosas que hubiera preferido hacer resonar en el Eurotas.

*El porvenir es vuestro.* ¿Decia Fontanes la verdad? ¿Debo felicitarle de su prediccion? ¡Ay! Este porvenir, anunciado ha pasado ya: ¿tendré otro?

Esta primera carta afectuosa del primer amigo que he tenido en mi vida, y que desde la fecha de esta carta ha marchado veinte y tres años á mi lado, me advierte mi progresivo aislamiento. Fontanes ya no existe: un dolor profundo, la muerte trágica de un hijo lo ha llevado al sepulcro antes de tiempo. Casi todas las personas de quien he hablado en estas *memorias* han desaparecido; es un registro de difuntos que yo tengo. Unos años mas, y yo, condenado á formar el catálogo de los muertos, no dejaré á nadie que inscriba mi nombre en el libro de los ausentes.

Pero si me quedo solo, si ningun ser de los que me amaron queda para conducirme á mi última morada, yo menos que nadie necesito guia; yo me he abierto el camino; yo he estudiado los lugares por donde debo pasar; yo he querido ver lo que sucede en el último momento.

Continuamente al borde de una fosa, á la que se bajaba un fereito con cuerdas, he oido su crugido; en seguida el ruido de la primera capa de tierra que caia sobre el ataúd; á cada capa nueva el ruido hondo disminuía, y cubriendo, por último, la tierra la sepultura, hacia elevarse poco á poco el silencio eterno hasta la superficie de la tumba. ¡Fontanes! me habeis escrito: *¡Que vuestras musas sean siempre amigas!* No me habeis escrito en vano.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

## MUERTE DE MI MADRE.—VUELTA Á LA RELIGION.

¿Alloquar? ¿Audiero numquam tua verba loquentem? Numquam ego te, vita frater amabilior, ¿Aspiciam post hac? ¡at, certe, semper amabo!

«¿Ya no te volveré á hablar? ¿No oiré jamás tus palabras? ¿Nunca te veré, hermano mas querido que la vida? ¡Ah! ¡pero siempre te amaré!»

Acabo de perder un amigo, y voy á perder una madre; es necesario tener siempre en los labios los versos que Cátulo dirigia á su hermano. En nuestro valle de lágrimas, lo mismo que en el infierno, hay yo no sé qué eterna queja, que forma el fondo ó la nota dominante de las lamentaciones humanas; se la oye sin cesar, y duraria hasta despues de extinguirse los dolores creados.

Una carta que recibí poco despues que la de Fontanes confirmaba mi triste observacion sobre mi progresivo aislamiento; Fontanes me invitaba á *trabajar*, á *darme renombre*; mi hermana me aconsejaba que renunciara á *escribir*: el uno me proponia la gloria, el otro el olvido. ¿Habeis visto en la historia de madama de Tarcy cuáles eran sus ideas? Habia tomado odio á la literatura, porque la contemplaba como una de las tentaciones de su vida.

Saint-Servan 1.º de julio 1798.

«Amigo mio: Acabamos de perder la mejor de las madres; yo te anuncio con dolor este golpe funesto. Cuando dejes de ser el objeto de nuestra solicitud, habremos dejado de vivir. Si supieras cuántas lágrimas han hecho derramar tus extravíos á nuestra respetable madre, y lo deplorables que parecen á los que piensan y han hecho profesion de piedad y de razon; si tú lo supieras, quizá esto contribuiria á hacerte abrir los ojos y á renunciar á escribir; y si el cielo, apiadado de mis súplicas, permitiera nuestra reunion,

tú hallarias en medio de nosotros toda la felicidad posible en la tierra; tú nos la darías, porque mientras estemos inquietos por tu suerte, no la podemos tener.»

¡Ah! ¡que no haya seguido yo el consejo de mi hermana! ¿Por qué he continuado escribiendo? Sin mis obras, ¿se hubieran cambiado en nada los acontecimientos ó el espíritu del siglo?

¡Yo habia perdido á mi madre, y habia afligido la hora suprema de su vida! Mientras exhalaba el último suspiro, lejos de su hijo último, rogando por él, ¿qué hacia yo en Londres? ¿Tal vez me paseaba en una fresca madrugada, en el momento en que los sudores de la muerte cubrian la frente maternal, y no tenian mi mano para enjugarlos!

La ternura filial que conservaba á Ma.l. de Chateaubriand era profunda. Mi infancia y mi juventud se ligaban íntimamente con el recuerdo de mi madre; todo lo que yo sabia procedia de ella. La idea de haber emponzoñado los últimos dias de la mujer que me llevó en su seno, me desesperó; arrojé al fuego con horror ejemplares del *Ensayo*, como el instrumento de mi crimen; si me hubiera sido posible destruir la obra, lo hubiera hecho sin vacilar. No volví de esta turbacion hasta que me ocurrió expiar mi primera obra con otra obra religiosa: tal fue el origen de *El Genio del Cristianismo*.

«Mi madre, he dicho en el primer prefacio de esta obra, despues de haber sido arrojada á los setenta y dos años en los calabozos, donde vió perecer una parte de sus hijos, espiró sobre una mala cama, donde la habian relegado sus desgracias. La memoria de mis extravíos derramó sobre sus últimos dias un gran pesar; ella encargó al morir, á una de mis hermanas, que me atrajera á esta religion, en la cual habia sido educado. Mi hermana me anunció el último voto de mi madre. Cuando la carta llegó á mis manos, despues de atravesar el mar, mi hermana misma ya no existia; ella tambien habia muerto por consecuencia de su prision. Estas dos voces que salian de la tumba; esta muerte que servia de intérprete á la muerte, me conmovieron. Me he hecho cristiano. No he cedido, convengo en ello, á grandes luces sobrenaturales; mi conviccion ha salido del corazon; he llorado y he creído.»

Yo me exageraba mi falta: el *Ensayo* no era un libro impío, sino un libro de duda y de dolor. Al través de las tinieblas de esta obra, se descubre un rayo de la luz cristiana que brilló sobre mi cuna. No era necesario un grande esfuerzo para volver del escepticismo del *Ensayo* á la certeza de *El Genio del Cristianismo*.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

## GENIO DEL CRISTIANISMO.—CARTA DEL CABALLERO PANAT.

Quando despues de la muerte de Mad. de Chateaubriand me resolví á cambiar súbitamente de camino, el título de *Genio del Cristianismo* que hallé al instante, me inspiró; me puse á trabajar, con el ardor de un hijo que levanta un mausoleo á su madre. Mis materiales estaban reunidos hacia mucho por mis precedentes estudios. Yo conocia las obras de los Santos Padres mejor que lo que se las conoce en nuestros dias; yo las habia estudiado, hasta para combatirlos, y habia entrado en este camino con mala intencion; y en lugar de salir vencedor, quedé vencido.

En cuanto á la historia, propiamente dicha, me habia ocupado especialmente de ella al componer el *Ensayo sobre las Revoluciones*. Las auténticas de Camden que acababa de examinar me habian hecho familiares las costumbres y las instituciones de la edad media.

En fin, mi terrible manuscrito de los *Natchez*, de dos mil trescientas noventa y tres páginas en folio, contenía cuantas descripciones de la naturaleza necesitaba *El Genio del Cristianismo*; podía tomar ampliamente de esta fuente, como había tomado ya para el *Ensayo*.

Escribí la primera parte de *El Genio del Cristianismo*. Los señores Dulan, que se habían hecho liberos del clero francés emigrado, se encargaron de la publicación. Las primeras hojas del primer volumen se imprimieron.

La obra, empezada en Londres en 1799, se acabó en París en 1802; podeis ver los diferentes prefacios de *El Genio del Cristianismo*. Una especie de fiebre me devoró durante el tiempo de mi composición; no se puede formar idea de lo que es llevar á la vez en su cabeza, en su sangre, en su alma, á *Atala* y *René* y mezclar al alumbramiento doloroso de estos ardientes gemelos el trabajo de concepcion de las otras partes de *El Genio del Cristianismo*. El recuerdo de Carlota se mezclaba á todo esto, y le daba calor; y para complemento, inflamaba mi imaginación exaltada el primer deseo de gloria. Este deseo tenía origen en la ternura filial; quería un grande éxito, á fin de que subiera hasta la mansión de mi madre, y que los ángeles la llevaran mi santa expiación.

Como un estudio lleva á otro, yo no podía ocuparme de mis escolios franceses sin tomar nota de la literatura y de los hombres del país en que vivía, y me vi empeñado en estas investigaciones. Mis días y mis noches se pasaban en leer, en escribir, en tomar lecciones de hebreo de un sabio sacerdote, el abate Capelan, en consultar las bibliotecas y las gentes instruidas, en vagar por las campiñas con mis tercas fantasías, en recibir y hacer visitas. Si hay efectos retroactivos y sintomáticos de los acontecimientos futuros, yo hubiera podido augurar el movimiento y el estrépito de la obra que debía crearme un nombre con la fermentación de mi entendimiento y las palpitaciones de mi musa.

Algunas lecturas de mis primeros borriones sirvieron para ilustrarme. La lectura es excelente como instrucción cuando no se toman como moneda corriente las adulaciones obligadas. Con tal que un autor tenga buena fe, conocerá al punto, por medio de la impresión de los demás, los puntos débiles de un trabajo, y sobre todo si este trabajo es demasiado largo ó corto, si guarda, no llena, ó pasa la justa medida. Yo encuentro una carta del caballero Panat sobre la lectura de una obra, entonces tan desconocida. La carta es encantadora; el espíritu positivo y burlon del obscuro caballero no parecía susceptible de impregnarse así de poesía. No dudo en copiar esta carta, documento de mi historia, aunque esté cuajada de elogios míos, como si el autor se hubiera complacido en derramar su tintero sobre su epístola.

Hoy lunes.

«¡Buen Dios, qué interesante lectura he debido esta mañana á vuestra extrema complacencia! Nuestra religión había contado entre sus defensores grandes genios, padres ilustres de la Iglesia; estos atletas habían manejado con vigor todas las armas del raciocinio; la incredulidad estaba vencida, pero no era bastante; era preciso demostrar todos los encantos de esta religión admirable; era preciso probar cómo se amolda al corazón humano, y qué magníficos cuadros ofrece á la imaginación. Ya no es el teólogo en la cátedra, es el gran pintor y el hombre sensible que se abren un nuevo horizonte. Faltaba vuestra obra, y érais llamado para hacerla. La naturaleza os ha dotado eminentemente de las bellas cualidades que exige: pertenecéis á otro siglo... ¡Ah! si las verdades de sentimiento son las primeras en el orden de naturaleza, nadie habrá probado mejor que vos las

de nuestra religión; vos habreis confundido á lo puerta del templo á los impíos, y habreis introducida en el santuario los espíritus delicados y los corazones sensibles. Vos me recordais á esos filósofos antiguos que daban sus lecciones con la cabeza coronada de flores y las manos llenas de dulces perfumes. Y esta es una imágen muy pálida de vuestro talento, tan dulce, tan puro, y tan antiguo.

«Yo me felicito todos los días por la feliz circunstancia que me ha acercado á vos; no puedo olvidar que debó esta dicha á Fontanes; lo amo mas por esto, y mi corazón no separará jamás dos nombres que debe unir la misma gloria, si la Providencia nos abre las puertas de nuestra patria.

#### «EL CABALLERO PANAT.»

El abate Delille oyó también la lectura de algunos fragmentos de *El Genio del Cristianismo*. Quedó sorprendido, y me hizo el honor de rimar poco después la prosa que le había agradado. Naturalizó mis flores salvajes de América en sus diversos jardines franceses, y puso á enfriar mi vino, algo caliente, en el agua fría de su clara fuente.

La edición incompleta de *El Genio del Cristianismo*, comenzada en Londres, difería un poco en el orden de materias de la edición publicada en Francia. La censura consular, que se convirtió muy luego en imperial, se mostraba muy quisquillosa con respecto á los reyes: su persona, su honor, su virtud, le eran caros de antemano. La policía de Fouché veía descender ya del cielo con la ampolla sagrada, el pichon blanco, símbolo del candor de Bonaparte y de la inocencia revolucionaria. Los sinceros creyentes de las procesiones republicanas de Lyon me obligaron á cortar un capítulo intitulado *Los Reyes Ateos*, y á diseminarlo en párrafos en el cuerpo de la obra.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

#### MI TIO EL SEÑOR DE BEDÉE.—SU HIJA MAYOR.

Antes de continuar estas investigaciones literarias, es preciso interrumpirlas un momento para despedirme de mi tío de Bedée. ¡Ay! es despedirse de la primera alegría de mi vida: *fræno non remorante dies*: «ningun freno detiene los días.» Ved los antiguos sepulcros en las antiguas catacumbas; ellos mismos vencidos por la edad, caducos y sin memoria, habiendo perdido sus epitafios, han olvidado hasta los nombres de los que encierran.

Yo había escrito á mi tío con motivo de la muerte de mi madre; me contestó una carta larga, en la que había algunas palabras tiernas de pesar; pero las tres cuartas partes de ella estaban consagradas á mi genealogía. Me recomendaba especialmente que, cuando volviera á Francia, buscara los títulos del *blason de los Bedée*, confiado á mi hermano. Así, para este venerable desterrado, ni la ruina, ni la destrucción de sus parientes, ni el sacrificio de Luis XVI, lo advertían de la revolución; nada había pasado, nada había acontecido; estaba siempre en los Estados de Bretaña y en la Asamblea de la nobleza. Hiere esta fijeza de la idea del hombre en medio y como en presencia de la alteración de su cuerpo, de la fuga de sus años, de la pérdida de sus parientes y amigos.

A la vuelta de la emigración, mi tío de Bedée se ha retirado á Dinau, donde ha muerto, á seis leguas de Montchoix, sin haberlo vuelto á ver. Mi prima Carolina, la mayor de mis tres primas, vive todavía. Ha quedado solterona, á pesar de las respetuosas intimaciones de su antigua juventud. Me escribe cartas sin ortografía, en las cuales me tutea, me llama

*caballero*, y me habla de nuestros buenos tiempos: *in illo tempore*. Tenía dos hermosos ojos negros, y una estatura bonita; bailaba como la Carmago, y cree recordar que yo la tenía un amor fiero. Yo le respondo en el mismo tono, dejando á un lado, á ejemplo suyo, mis años, mis honores y mi fama: «Si, querida Carolina; tu caballero, etc.» Hace algunos seis ó siete lustros que no nos vemos: ¡gracias al cielo, porque Dios sabe si nos abrazáramos que figura haríamos! ¡Dulce, patriarcal, inocente, honrosa amistad de familia: vuestro siglo ha pasado! No estamos agarrados ya al suelo con una multitud de raíces, de flores, y vástagos; ahora se nace y se muere uno á uno. Los vivos se apresuran á enviar al difunto á la eternidad y á desembarazarse de su cadáver. Entre los amigos, los unos van á esperar el féretro á la iglesia, refundiendo por haber alterado sus hábitos y sus horas; los otros llevan su adhesión hasta seguir el convoy hasta el cementerio; cubierta la fosa, todo recuerdo queda borrado. ¡Ya no volveréis mas, días de religión y de ternura, en que el hijo moría en la misma casa, en el mismo sillón, cerca del mismo hogar, donde había muerto su padre y su abuelo, rodeado como ellos de sus hijos y rietos, anegados en llanto, que recibían la última bendición paternal!

¡Adios, mi querido tío! ¡Adios, familia materna, que desapareces como la otra parte! ¡Adios, mi prima de entonces, que me amas siempre como me amabas cuando oíamos juntos el arrullo de nuestra buena tía Boistilleul, ó cuando asistiais á la revelación del voto de mi nodriza en la abadía de Nazareth! Si me sobrevivís, aceptad la parte de reconocimiento y afecto que os lego aquí. No creais en la falsa sonrisa que asoma en mis labios al hablar de vos, mis ojos, os lo aseguro, están llenos de lágrimas.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en febrero de 1845.

INCIDENCIAS.—LITERATURA INGLESA.—DECAIMIENTO DE LA ANTIGUA ESCUELA.—HISTORIADORES.—PUBLICISTAS.—POETAS.—SHAKESPEARE.

Mis estudios correlativos á *El Genio del Cristianismo* me habían conducido paso á paso, como llevo dicho, al examen de la literatura inglesa. Cuando en 1792 me refugié á Inglaterra, me fue preciso reformar la mayor parte de los juicios que había aprendido con los críticos. En lo que concierne á los historiadores, Hume era reputado escritor tory y retrógrado; se le acusaba, como á Gibbon, de haber sobrecargado la lengua inglesa de galicismos; se prefería á su continuador Smollett. Filósofo durante su vida, cristiano al morir, Gibbon quedaba convencido de ser un pobre hombre. Aun se hablaba de Robertson, porque era seco.

Por lo que respecta á los poetas, los *Elegantes Extractos* servían de destierro á algunas piezas de Dryden; no se perdonaban las rimas de Pope, aunque se visitase su casa en Twickenham y se cortasen pedazos del sauce lloron plantado por él y marchito como su fama.

Blair pasaba por un crítico fastidioso á la francesa; se le colocaba muy debajo de Johnson. En cuanto al viejo *Spectator*, se hallaba en la buhardilla.

Las obras políticas inglesas tienen poco interés para nosotros. Los tratados económicos son menos circunscritos; los cálculos sobre la riqueza de las naciones, sobre el empleo de los capitales, sobre la balanza comercial, se aplican en parte á las sociedades europeas.

Burke salía de la individualidad nacional política; declarándose contra la revolución francesa, arrastró

á su país á ese largo camino de hostilidades que terminó en los campos de Waterloo.

Sin embargo, aun quedaban grandes figuras. Por todas partes se encuentra á Milton y á Shakespeare. Montmorency, Byron, Sully, sucesivamente embajadores de Francia cerca de Isabel y de Jacobo I, goyeron hablar jamás de un farsante, actor en sus propias farsas y en las ajenas? ¿Pronunciaron jamás el nombre, tan bárbaro en francés, de Shakespeare? ¿Sospecharon que hubiese allí una gloria, ante la cual se habían de abismar sus honores, sus rangos y sus pompas? Pues bien, el cómico encargado del papel de espectro en *Hamlet* era el gran fantasma, la sombra de la edad media, que se levantaba sobre el mundo, como el astro de la noche, en el momento en que la edad media concluía de bajar al sepulcro: siglos gigantes que abrió Dante y cerró Shakespeare.

En el *Compendio histórico* de Whitelocke, contemporáneo del cantor del *Paraíso perdido*, se lee: «Un cierto ciego, llamado Milton, secretario del parlamento para los despachos latinos.» Moliere, el *his-trion*, representaba su *Pourceaugnac*, del mismo modo que Shakespeare el *batelero* gesticulaba su *Falstaff*.

Estos viajeros incógnitos, que vienen de vez en cuando á sentarse á nuestra mesa, son tratados por nosotros como huéspedes vulgares; desconocemos su naturaleza hasta después de su desaparición. Al dejar la tierra se trasfiguran, y nos dicen como el enviado del cielo á Tobías: «Yo soy uno de los siete que estamos en presencia del Señor.» Pero si son desconocidos de los hombres á su paso, estas divinidades no se desconocen entre sí: «Que necesita mi Shakespeare, dice Milton, para sus huesos venerados, de piedras amontonadas por el trabajo de un siglo.» Miguel Angel, envidiando la suerte y el genio de Dante: exclama:

Pur fuss io tal...  
Per l'aspro esilio suo con sua virtute  
Darei del mondo piú felice stato.

«¡Fuera yo como él, por su duro destierro con su virtud, daría todas las felicidades de la tierra!»

El Tasso celebra á Camoens casi ignorado, y le sirve de *Fama*. ¿Hay cosa mas admirable que esta sociedad de ilustres iguales revelándose los unos á los otros por signos, saludándose y conversando en un idioma por ellos solos comprendido? ¿Shakespeare era cojo, como lord Byron, Walter Scott y las hijas de Júpiter? Si lo era en efecto, el *Boy* de Stratford, lejos de avergonzarse de ello, no teme recordarlo, como Childe-Harold á una de sus queridas:

...lame by fortune's dearest spite.

«Cojo por el capricho de la fortuna.»

Shakespeare hubiera tenido muchos amores, si no contaran por sus sonetos. El creador de Desdémona y de Julieta envejecía sin cesar de amar. La mujer desconocida á quien se dirige en versos encantadores, ¿estaba orgullosa, y se contemplaba feliz con ser el objeto de los sonetos de Shakespeare? Se puede poner en duda; la gloria es para un anciano lo que los diamantes para una vieja; la adornan, pero no la embellecen.

«No lloreis mucho mi muerte, dice el trágico inglés á su querida. Si leéis estas palabras, no recordeis la mano que las ha trazado; os amo tanto, que quiero ser olvidado en vuestros dulces recuerdos, si pensando en mi pudiérais ser desgraciada.

«¡Oh! si echais una mirada por estos renglones cuando yo no sea mas que un puñado de polvo, no repitais siquiera mi pobre nombre, y dejad que vuestro amor se apague con mi vida.»

Shakespeare amaba, pero no creía mas en el amor que en cualquiera otra cosa: una mujer para él era un pájaro, una brisa, una flor, cosa que encanta y pasa. Con respecto á la indiferencia ó ignorancia de su fama; con respecto á su estado, que lo separaba de la sociedad y fuera de las condiciones que no podia alcanzar, parecia haber tomado la vida como una hora ligera y desocupada, como un placer rápido y dulce.

Shakespeare en su juventud encontró monges viejos arrojados de sus claustros, los cuales habian visto á Enrique VIII, sus reformas, sus queridas, sus verdugos. Cuando el poeta abandonó la vida, Carlos I tenia diez y seis años.

De ese modo Shakespeare habia podido tocar con una mano las cabezas encanecidas que amenazó la cuchilla del penúltimo de los Tudor; con la otra la cabeza negra del segundo de los Estuardos, que debia cortar el hacha de los parlamentarios. Apoyado en estas frentes trágicas, bajó el gran trágico al sepulcro: el intervalo de los dias que vivió lo llenó con sus espectros, sus reyes ciegos, sus ambiciosos castigados, sus infortunadas mujeres, á fin de reunir, por medio de ficciones análogas, las realidades del pasado con las realidades del porvenir.

Shakespeare se cuenta entre los cinco ó seis escritores que han bastado á las exigencias y al alimento del pensamiento; estos genios madres parece que han engendrado y criado á los demás. Homero ha fecundado la antigüedad: Eschilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio, Virgilio, son sus hijos. Dante ha engendrado la Italia moderna, desde Petrarca hasta el Tasso. Rabelais ha creado las letras francesas; Montaigne, Lafontaine, Moliere, son descendientes suyos. La Inglaterra es toda Shakespeare, y hasta estos últimos tiempos ha prestado su lengua á Byron, su diálogo á Walter Scott.

Se reniega continuamente de estos maestros supremos; se rebelan contra ellos; se enumeran sus defectos; se les acusa de fastidiosos, de difusos, de extravagantes, de mal gusto, robándolos y vistiéndose con sus despojos; pero en vano se agitan bajo su yugo. Todo tiene sus colores; por todas partes se hallan sus huellas; ellos inventan palabras y nombres que van á engruesar el vocabulario general de los pueblos; sus expresiones se convierten en proverbios, sus personajes ficticios en personajes reales, que tienen herederos y descendencia. Abren horizontes de donde brotan torrentes de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil; dan pensamientos, asuntos, estilos á todas las artes; sus obras son las minas ó las entrañas del espíritu humano. Tales genios ocupan el primer rango: su inmensidad, su variedad, su fecundidad, su originalidad, hace que se les reconozca como leyes, ejemplares, moldes, tipos de inteligencias diversas, como hay cuatro ó cinco razas de hombres de un mismo tronco, de las cuales no son las otras mas que ramales. Librémonos de insultar los desórdenes en que suelen caer alguna vez estos seres poderosos; no imitemos al maldito Cham; no riamos, si vemos desnudo y dormido á la sombra del arca encallada sobre las montañas del Armenia al único y solitario navegante del abismo. Respetemos á este marino del diluvio que recomenzó la creación despues de cerrarse las cataratas del cielo: hijos piadosos, bendecidos por nuestro padre, cubrámoslo púdicamente con nuestro manto.

Shakespeare, en vida, no ha pensado jamás en que pasaria á la posteridad: ¿qué le importa hoy mi cántico de admiración? Admitiendo todas las suposiciones, racionando segun las verdades ó los errores de que está penetrado ó imbuido el espíritu humano ¿de qué sirve á Shakespeare una fama cuyo ruido no puede llegar hasta él? ¿Cristiano? ¿Se ocupa de la nada del mundo en medio de la felicidad eterna? ¿Deista? Desprendido de las sombras de la materia, perdido en el

explendor de Dios, ¿inclina una mirada sobre el grano de arena por donde ha pasado? ¿Ateo? Reposa con ese sueño sin aliento y sin fin que se llama la muerte.

Nada, pues, tan vano como la gloria despues del sepulcro, á menos que no haya hecho vivir la amistad, que no haya sido útil á la virtud, que no haya socorrido la desgracia, y que nos sea dado gozar en el cielo de una idea consoladora, generosa, libertadora, dejada por nosotros en la tierra.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

INCIDENCIAS.—NOVELAS ANTIGUAS.—NOVELAS NUEVAS.—  
RICHARDSON.—WALTER SCOTT.

A fines del siglo pasado se habian comprendido las novelas en la proscripción general. Richardson dormia olvidado, sus compatriotas hallaban en su estilo rastros de la sociedad inferior en que habia vivido. Fielding se sostenia; Sterne, emprendedor de originalidad, habia pasado. Se leia todavia *El Vicario de Wakefield*.

Si Richardson no tiene estilo (de lo cual nosotros, extranjeros, no somos jueces), no vivirá porque no se vive mas que por el estilo. En vano hay quien se rebela contra esta verdad; la obra mejor compuesta, adornada de retratos muy parecidos, llena de otras mil perfecciones, nace muerta si carece de estilo. El estilo, y hay muchas especies, no se aprende; es don del cielo; es el talento. Pero si Richardson no ha sido abandonado mas que por ciertas locuciones vulgares, insoportables á una sociedad elegante, podrá renacer; la revolucion que se verifica, bajando la aristocracia y elevando á las clases medias, hará menos sensibles ó borrará los rastros de los hábitos domésticos, ó de un lenguaje inferior.

De *Clarisa* y de *Tom-Jones* han salido las dos principales ramas de la familia moderna de las novelas inglesas: las novelas en cuadros de familia y dramas domésticos, y las novelas de aventura y pintura de la sociedad general. Despues de Richardson, las costumbres del Oeste de la ciudad hicieron una irrupcion en el dominio de las ficciones: las novelas se llenaron de palacios, de lores y de ladys, de escenas en el agua, de aventuras en las carreras de caballos, en el baile, en la ópera, en el Ranelagh, con un *chit-chat*, con una chismografía interminable. No tardó en transportarse la escena á Italia; los algodones atravesaron los Alpes con peligros espantosos y dolores de alma capaces de enternecer los leones: *el leon derramó lágrimas*; una jerga de buena sociedad fue adoptada.

En estos millares de novelas que han inundado á la Inglaterra por espacio de medio siglo, dos han conservado su puesto: *Caleb Williams* y *le Moine*. Yo no ví á Godwin durante mi retirada á Londres; pero hallé dos veces á Lewis. Era un jóven miembro de los Comunes, muy agradable, y que tenia el aire y las maneras de un francés. Las obras de Ana Radcliffe forman una especie aparte. Las de miss Barbandl, las de miss Edgerworth, las de miss Burnet, etc., tienen, segun dicen, esperanzas de duracion. «Deberia haber, dice Montaigne, coercion de leyes contra los escritores ineptos ó inútiles, como las hay contra los vagos y mal entretenidos. Serian desterrados de las manos del pueblo, tanto yo como otros cien. La manía de escribir parece ser un síntoma de un pueblo desbordado.»

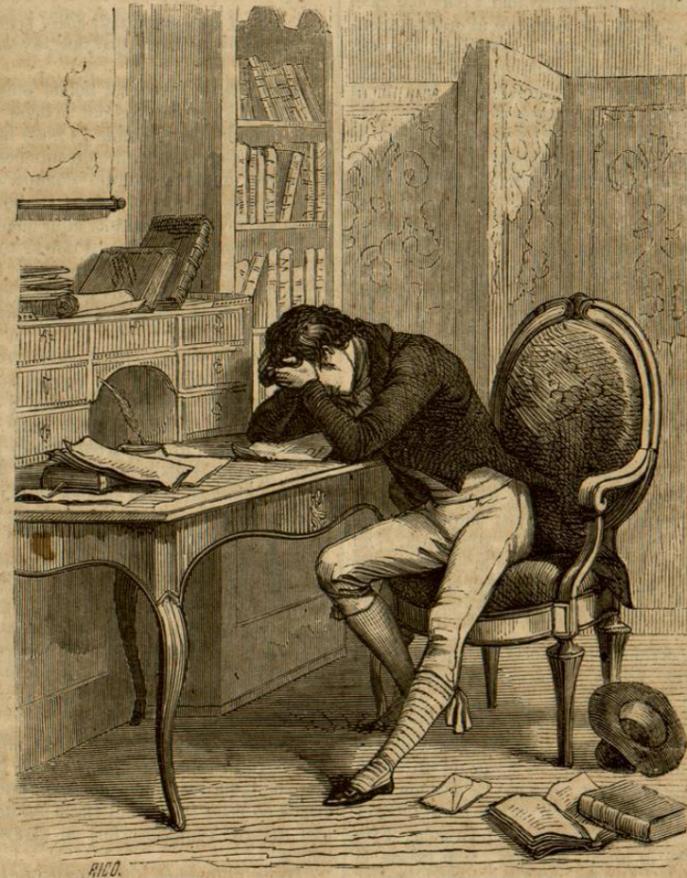
Pero estas escuelas diversas de romanceros sedentarios, de noveleros que viajan en diligencia ó calesa, de romanceros de lagos y montañas, de ruinas y fantasmas, de noveleros de ciudades y de salones, han venido á perderse en la nueva escuela de Walter Scott,

del mismo modo que la poesia se ha precipitado por el camino de lord Byron.

El ilustre pintor de la Escocia empezó la carrera de las letras, cuando mi destierro á Londres, por la traduccion de *Berlichingen* de Goethe. Continuó haciéndose conocer en la poesia, hasta que la inclinacion de su genio lo llevó á la novela. Me parece que ha creado un género falso; ha pervertido la novela y la historia; el novelista se ha puesto á hacer novelas históricas, y el historiador historias romancescas. Si; en Walter Scott me veo obligado á pasar algunas

conversaciones interminables; es falta mia, sin duda; pero uno de los mayores méritos de Walter Scott, á mi modo de ver, es poder ponerse en las manos de todo el mundo. Se necesitan mayores esfuerzos de talento para interesar dentro de las reglas que para agradar descuidándolas; es mas difícil arreglar el corazón que conmoverlo.

Burke retuvo la política de Inglaterra en lo pasado; Walter-Scott hizo retroceder á los ingleses hasta la edad media: todo lo que se escribió, fabricó, edificó, fue gótico; muebles, casas, libros, iglesias, palacios.



CHATEAUBRIAND LLORA LA MUERTE DE SU MADRE.

Pero los lores de la gran carta son hoy *fashionables*; te Bond-Street, raza frívola que se acampa en los castillos antiguos, esperando que lleguen nuevas generaciones á arrojarlos de allí.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

INCIDENCIAS.—POESÍAS NUEVAS.—BEATTIE.

Al mismo tiempo que la novela pasaba al estado *romántico*, la poesia sufría una transformacion semejante. Cowper abandonó la escuela francesa para hacer revivir la escuela nacional: Burns, en Escocia, inició la misma revolucion. Detrás de ellos vinieron los res-

tauradores de las baladas. Muchos de estos poetas de 1792 á 1800 pertenecian á lo que se llama *Lake School* (nombre que dura), porque los novelistas vivian á la orilla de los lagos de Cumberland y Westmoreland, á quienes cantaban algunas veces.

Tomás Moore, Campbell, Rogers, Crabbe, Woodsworth, Southey, Hunt, Knowles, lord Holland, Canning, Croker, viven todavia para honor de las letras inglesas; pero es preciso haber nacido inglés para apreciar todo el mérito de un género íntimo de composicion que se hace sentir particularmente á los hombres del país.

Ninguno, en una literatura viva, es juez competente mas que de las obras escritas en su propia lengua. En vano creéis poseer á fondo un idioma extran-

jero; os falta la leche de la nodriza y las primeras palabras que os enseña en su regazo, y vuestras envolturas; ciertos acentos que no son mas que de la patria. Los alemanes y los ingleses tienen de nuestros literatos las nociones mas extravagantes; ellos adoran lo que nosotros despreciamos, y desprecian lo que nosotros estimamos; ellos no entienden ni á Racine, ni á La Fontaine, ni aun completamente á Moliere. Da risa saber cuáles son nuestros grandes escritores en Londres, en Viena, en Berlin, en Petersburgo, en Munich, en Leipsick, en Guetingue, en Colonia, y saber lo que allí se lee y lo que se deja de leer.

Cuando el mérito de un autor consiste especialmente en la diccion, un extranjero jamás comprenderá bien este mérito.

Cuanto mas íntimo, mas individual y nacional es el talento, mas se ocultan sus misterios al entendimiento, que no es, por decirlo así, *compatriota* de este talento. Nosotros admiramos de buena fe á los griegos y á los romanos; nuestra admiracion es hija de la tradicion, y los griegos y romanos no están ahí para burlarse de nuestros juicios de bárbaros. ¿Quién de nosotros se forma idea de la armonía, de la prosa de Demóstenes y de Ciceron, de la cadencia de los versos de Alceo y de Horacio, tales como las comprendería un oído griego y latino? Se sostiene que las bellezas reales son de todos los tiempos, de todos los países; si, las bellezas del sentimiento y de la poesía; no, las bellezas del estilo. El estilo no es, como el pensamiento, cosmopolita; hay una tierra natal, un cielo, un sol para él.

Burns, Mason, Cowper, murieron durante mi emigracion en Londres antes de 1800 y en 1800; ellos concluían el siglo, y yo lo comenzaba. Darwin y Beattie murieron dos años despues de mi vuelta del destierro.

Beattie habia anunciado la era nueva de la lira. El *Minstrel*, ó el *Progreso del Genio*, es la pintura de los efectos de la musa sobre un jóven bardo, que ignora todavía la inspiracion que lo atormenta. Tan pronto el futuro poeta va á sentarse á la orilla del mar durante una tempestad; tan pronto retira la vista de la aldea para escuchar aparte en lontananza el sonido de la dulzaina.

Beattie ha recorrido toda la serie de fantasías y de ideas melancólicas, de las que otros cien poetas pretendían ser los *descubridores*. Beattie se proponía continuar su poema, y en efecto, ha escrito el segundo canto: Edwin oye una tarde una voz grave que se levanta del fondo de un valle; es la voz de un solitario, que, despues de haber conocido las ilusiones del mundo, se ha sepultado en su retiro, para recoger allí su alma y cantar las alabanzas del Criador. Este ermitaño instruye al jóven *Minstrel*, y le revela el secreto de su genio. La idea era feliz; pero la ejecucion no correspondió á la felicidad de la idea. Beattie estaba destinado á derramar lágrimas: la muerte de su hijo destruyó su corazon paternal: como Ossian, despues de la pérdida de su Oscar, colgó su arpa en las ramas de una encina. Tal vez el hijo de Beattie era este jóven *Minstrel* que un padre habia cantado, y del cual no veía ya las huellas por la montaña.

Londres, de abril, á setiembre de 1822.

INCIDENCIAS.—LORD BYRON.

Se encuentran en los versos de lord Byron imitaciones sorprendentes del *Minstrel*: en la época de mi destierro en Inglaterra, lord Byron iba á la escuela en Harrow, pueblo distante diez millas de Londres. Era niño, yo era jóven, y tambien desconocido como él; se habia criado en los matorrales de la Escocia, á la orilla del mar como yo en las landas de la Bretaña á la

orilla del mar; él amó al principio la Biblia y á Ossian, como yo los amé; él cantó en Newstead-Abbey los recuerdos de la infancia, como los habia cantado yo en el castillo de Comboung.

«Cuando yo exploraba, jóven montañés, el noble monte, y pisaba tu cima pendiente, ó Morven coronado de nieve, para admirar el torrente que resonaba debajo de mí, ó los vapores de la tempestad que se amontonaban á mis piés...»

En mis excursiones por las cercanías de Londres, cuando yo era desgraciado, veinte veces he cruzado el pueblo de Harrow, sin saber qué genio habia allí. Yo me he sentado en el cementerio, al pié del olmo, bajo el cual lord Byron escribía en 1807 estos versos, en el momento en que yo volvía de la Palestina.

Spot of my youth whose hoary branches sigh,  
Swept by the breeze that fans thy cloudless sky etc.

«Sitio de mi juventud, donde suspiran las ramas encanecidas, desfloradas por la brisa que refresca tu cielo límpido! Sitio donde yo bogo hoy solo, yo, que he pisado continuamente con aquellos á quien amaba tu césped mullido y verde! cuando el destino hiele este seno que devora la fiebre; cuando haya calmado los pesares y las pasiones... aquí donde palpité, aquí podrá reposar mi corazon. ¿Pudiera yo dormirme donde se despertaron mis esperanzas... mezclado con la tierra donde corrieron mis pisadas... llorado por aquellos que se asociaron á mis jóvenes años, olvidado del resto del mundo!»

Y yo diré: Salud, antiguo olmo, á cuyo pié Byron, niño, se abandonaba á los caprichos de la infancia, cuando yo soñaba bajo tu sombra á René, bajo esta misma sombra donde vino mas tarde el poeta á pensar á su vez el *Childe-Harold*! Byron pedía al cementerio, testigo de los primeros juegos de su vida, una tumba ignorada; inútil súplica que no escuchará la gloria. Sin embargo, Byron no es ya lo que ha sido; yo lo habia hallado cuando vivía en Venecia; al cabo de algunos años, en esta misma ciudad, donde ví su nombre por todas partes, lo he encontrado borrado y desconocido de todos. Los ecos de Lido no lo repiten ya; y si preguntais á los venecianos, no saben de quién habláis. Lord Byron ha muerto enteramente para ellos; ya no oyen los relinchos de su caballo: lo mismo sucede en Londres, donde ha perecido su memoria. Hé aquí lo que somos.

Si yo he pasado por Harrow sin saber que el niño lord Byron respiraba allí, ingleses han pasado por Comboung sin sospechar que un pequeño vagabundo, criado en estos bosques, dejaria algun rastro. El viajero Arturo Young escribía al atravesar por Comboung:

«Hasta Comboung (de Pontorson) el país tiene un aspecto salvaje; la agricultura no está allí mas adelantada que entre los hurones, lo cual parece increíble en un país cerrado; el pueblo es tan salvaje como el país, y la ciudad de Comboung una de las mas sucias y mas toscas que se pueden ver: casas de tierra sin vidrios, y un pavimento tan destruido, que detiene á los pasajeros, pero sin ninguna comodidad. No obstante, se ve un castillo allí, y se halla habitado. ¿Quién es este señor de Chateaubriand, propietario de este castillo, que tiene nervios bastante fuertes para residir en medio de tanta inmundicia y pobreza? Debajo de este monton asqueroso de miseria hay un hermoso lago rodeado de una cerca muy arbolada.»

Este señor de Chateaubriand, era mi padre: el retiro que parecia tan insoportable al agrónomo de mal humor, no dejaba por eso de ser una noble y bella mansion, aunque sombría y grave. En cuanto á mí, débil planta de yedra que empieza á rodearse á estas torres salvajes, hubiera podido verme Mr. Young,

dedicado exclusivamente á examinar nuestras cosechas?

Permitáseme añadir á estas páginas escritas en Inglaterra en 1822 estas otras escritas en 1814 y 1840: ellas coronarán el fragmento de lord Byron; este fragmento se hallará además completo cuando se lea lo que repetiré del gran poeta al pasar á Venecia.

Tal vez habrá en el porvenir algun interés notando el encuentro de los dos gefes de la nueva escuela francesa é inglesa, teniendo un mismo fondo de ideas y de destino, sino de costumbres, casi iguales: el uno par de Inglaterra, el otro par de Francia, los dos viajeros del Oriente, muchas veces cerca el uno del otro, y no viéndose jamás; únicamente que la vida del poeta inglés no se ha visto mezclada con tan grandes acontecimientos como la mia.

Lord Byron ha ido á visitar despues que yo las ruinas de la Grecia; en *Childe-Harold* parece que embellece con sus propios colores las descripciones del *Itinerario*. Al principio de mi peregrinacion, yo reproduje el adios de sir Joinville á su castillo. Byron dirije otro igual á su habitacion gótica.

En los *Mártires*, Eudoro parte de la Messenia para ir á Roma: «Nuestra navegacion fue larga, dice... nosotros vimos todos estos promontorios marcados por templos ó sepulcros...»

«Mis jóvenes compañeros no habian oido hablar mas que de las metamorfosis de Júpiter, y no comprendieron nada de las ruinas que tenían á la vista; yo me habia sentado con el profeta sobre los escombros de ciudades desoladas, y Babilonia me enseñaba á Corinto.»

El poeta inglés es como el prosista francés, despues de la carta de Sulpicio á Ciceron; una semejanza tan perfecta me es muy gloriosa, porque me he anticipado al cantor inmortal en la plaza donde hemos tenido los mismos recuerdos, y donde hemos conmemorado las mismas ruinas.

He tenido el honor de estar en relacion con lord Byron, en la descripcion de Roma; los *Mártires* y mi carta sobre la campaña romana tienen la inapreciable ventaja para mí de haber adivinado las inspiraciones de un hermoso genio.

Los primeros traductores, comentaristas y admiradores de lord Byron, no han querido hacer notar que algunas páginas de mis obras podían estar presentes en la memoria del pintor de *Childe-Harold*, y hubieran creído que era robar algo á su genio. Ahora que el entusiasmo se ha calmado un poco, no se me reusa tanto este honor. Nuestro inmortal cancionero, en el último volumen de sus cantos, dice: «En una de las estrofas que preceden á esta, hablo de las *liras* que la Francia debe á Mr. de Chateaubriand. Yo no temo que este verso sea desmentido por la nueva escuela poética, que, nacida bajo las alas del águila, se ha glorificado con razon muchas veces de su origen. La influencia del autor de *El Genio del Cristianismo* se ha hecho sentir igualmente en el extranjero, y hay justicia tal vez si se reconoce que el cantor de *Childe-Harold* es de la familia de René.»

En un excelente artículo sobre lord Byron, ha renovado Mr. de Villemain la observacion de Mr. Banger: «Algunas páginas incomparables de René, dice, habian agotado, es cierto, este carácter poético. Yo no sé si Byron las imitaba ó las renovaba con su genio.»

Lo que acabo de decir sobre las afinidades de imaginacion y de destino entre el cronista de René y el cantor de *Childe-Harold*, no quita un solo cabello de la cabeza del bardo inmortal.

¿Qué importa á la musa del *dee*, que lleva una lira y alas, mi musa pedestre y sin autoridad? Lord Byron vivirá, sea que, hijo de su siglo como yo, haya experimentado, como yo tambien, y como Goethe antes que nosotros, la pasion y la desdicha; sea que mis derro-

teros y el fanal de mi barca gaula hayan enseñado el camino al bajel de Albion en mares inexplorados.

Por otra parte, dos talentos de una naturaleza análoga pueden tener muy bien concepciones parecidas, sin que se les pueda echar en cara el haber marchado servilmente por el mismo camino. Es permitido aprovecharse de las ideas y de las imágenes expresadas en una lengua extranjera para enriquecer la suya; esto se ha visto en todos los siglos y en todos los tiempos. Yo reconozco sin vacilar que en mi juventud, *Ossian Merther, Les Reveries du promeneur solitaire, Les Etudes de la nature*, han podido mezclarse á mis ideas, pero no he ocultado nada, no he disimulado en nada el placer que me causaban las obras en que yo me deleitaba.

Si fuera cierto que René entrara por algo en el fondo del personaje único puesto en escena bajo diferentes nombres en *Childe Harold*, Conrado, Lara, Manfredo, el Giaour; si por casualidad lord Byron me hubiera hecho vivir con su vida, ¿hubiera tenido la debilidad de no nombrarme jamás? ¿Sería yo uno de esos padres de quien se reniega, cuando se ha llegado al poder? ¿Lord Byron puede haberme ignorado completamente, cuando cita á casi todos los autores franceses contemporáneos suyos? ¿No ha oido jamás hablar de mí, cuando los diarios ingleses, como los franceses, han resonado junto á él, con la controversia suscitada sobre mis obras, cuando el *New-Times* ha hecho un paralelo del autor de *El Cenio del Cristianismo* y del autor de *Childe-Harold*?

No hay inteligencia, por favorecida que sea, que no tenga sus susceptibilidades, sus desconfianzas; se quiere guardar el cetro, se teme tener que dividirlo, y vienen á irritar las comparaciones. Por eso otro talento superior ha evitado mi nombre en una obra sobre la *literatura*. Gracias á Dios, estimándome en mi justo valor, no he pretendido jamás el imperio; como yo no creo mas que en la verdad religiosa, de quien es la libertad una forma, no tengo mas fe en mí que en cualquiera otra cosa de este mundo. Pero jamás he sentido la necesidad de callar cuando he admirado; por eso he proclamado mi entusiasmo hácia M<sup>d</sup>. Stael y hácia lord Byron. ¿Qué cosa mas dulce que la admiracion? Es el amor celestial, la ternura elevada hasta el culto; nos sentimos penetrados de reconocimiento á la divinidad que extiende las bases de nuestras facultades, que abre nuevos caminos á nuestra alma, que nos da una felicidad tan grande, tan pura, sin mezcla ninguna de temor ó de envidia.

Ademas la quisquilla que demuestro en estas *Memorias* con el mayor poeta que ha tenido la Inglaterra desde Milton, no prueba mas que una cosa: el alto precio que hubiera dado yo al recuerdo de su musa.

Lord Byron ha abierto una escuela deplorable; yo presumo que se ha desolado tanto con los *Childe-Harold*, á que ha dado nacimiento, como lo estoy yo con los *Renés*, que andan alrededor mio.

La vida de lord Byron es objeto de muchas investigaciones y calumnias; los jóvenes han tomado seriamente las palabras mágicas; las mujeres se han sentido dispuestas á dejarse seducir, con horror, por este monstruo, á consolar á este Satanás solitario y desgraciado. ¿Quién sabe? Tal vez no habia encontrado la mujer que buscaba, una mujer bastante hermosa, un corazon tan grande como el suyo. Byron, segun la opinion fantasmagórica, es la antigua serpiente seductora y corruptora, porque ve la corrupcion de la especie humana: es un genio fatal y doliente colocado entre los misterios de la materia y de la inteligencia, que no alcanza á descifrar el enigma del universo, que mira la vida como una espantosa ironía sin causa, como una perversa sonrisa del mal; es el hijo de la desesperacion, que desprecia y